

El arraigo

A falta de media hora para las dos de la madrugada, el viernes anterior al último domingo de cada mes, mi esposo hace la fotosíntesis. Tal cual.. Lo de hacer la fotosíntesis durante la noche es una excentricidad suya, todos sabemos que la fotosíntesis se hace siempre a plena luz del día, pero es que él siempre ha sido un esnob y le encanta eso de significarse, por llamar la atención más que nada.

Todo comenzó un domingo por la tarde en el salón de casa, uno de tantos tediosos domingos en los que él solía sentarse en su sillón de orejas favorito frente al televisor, vestido con un chándal y la gorra de los Chicago Bulls con la visera en la nuca. Para ver en diferido el partido de baloncesto de los Chicago Bulls, por supuesto. Y es lo que yo le decía siempre: “¿Qué se te ha perdido a ti en Chicago, querido, si nosotros nunca hemos salido de Cuenca?”. Acababa de empezar a comerse el segundo cono de palomitas y estaba abriendo su cuarta o quinta lata de cerveza cuando, de repente, comenzó a echar raíces por los pies. Luego puso los ojos en blanco y, poco a poco, como a cámara lenta, empezó a crecerle una especie de maleza de manera ascendente que fue cubriendo primero los laterales, luego los brazos y el respaldo del sillón hasta que terminó por tapanle el rostro por completo.

Con el tiempo, le han ido brotando hojas en las extremidades y esquejes a lo largo de todo el cuerpo. A veces, para recordar cómo es su cara, tengo que separar las ramas que cubren por completo su cabeza.

Y ahí sigue, once meses después, inmóvil y con su gorra de los Chicago Bulls, como si esa maldita gorra fuese una extensión de su cráneo. Hablar ya casi no habla desde entonces, porque solo emite unos leves sonidos guturales, sobre todo en días soleados y al caer la tarde, aunque la verdad es que nunca ha tenido una conversación excesivamente fluida que digamos. Yo lo riego regularmente cada tres días e incluso cuando le noto decaído, le echo fertilizante y entonces se vuelve verdaderamente ingenioso, como si se le iluminara la mente; y comienza a recitar citas de Sócrates o de Shopenhauer, o se pone a declamar pasajes de La Ilíada en griego. ¡De la Ilíada!, él, que lo único que solía leer era El Marca. De vez en cuando se le secan algunas hojas, se las arranco y entonces emite un hilito de voz como lastimero, aunque en general es sumamente callado y apenas molesta.

Pero lo mejor, como decía al principio, es lo de la fotosíntesis. Cuando comienza el proceso —dura unos 10 minutos, según el día—, parece que se hincha, le surge de entre las ramas un resplandor, como si fuese una aparición mariana, y luego, si apago las luces, termina iluminando todo el salón. Al principio era hasta divertido, lo reconozco, pero todo termina cansando: definitivamente, mañana mismo cojo las tijeras de podar y lo corto de raíz.